



Mucuchíes

Antes de la llegada del hombre blanco a los fríos páramos en la Sierra Nevada se podía ver a una gran nación que ocupaba los valles altos del río Chama. Era la nación de los Mucuchíes, quienes vivían en paz en las alturas, adoraban a sus dioses en la soledad de las lagunas y convivían en plena armonía con la naturaleza. Se dedicaban a la agricultura usando técnicas avanzadas como la construcción de andenes, que impedía la erosión de los suelos. Durante la conquista, los naturales fueron atacados por la caballería. Después de ser acosados sin piedad, huyeron hacia sus refugios en las montañas y algunos se enterraron vivos en cámaras mortuorias circulares, llamados los mintoyes. Tan sólo queda el silencio, la tristeza del páramo y alguna que otra leyenda recogida por los cronistas para recordar la memoria de un pueblo milenario, cuyo espíritu aún pervive entre el eco de la serranía.

A 48 kilómetros de Mérida por la vía Transandina, y dominando un amplio valle entre la Sierra de Santo Domingo y la Cordillera del Norte o Sierra de la Culata, se encuentra a 2983 metros de altitud la población de Mucuchíes. El pueblo, de estampa tradicional mira hacia las altas montañas que caen abruptamente desde la sierra. Con sus casonas coloniales de tapia, viejos tejados humedecidos por la fina lluvia y puertas de doble hoja de maderas desgastadas por el tiempo, en Mucuchíes se respira el ambiente tradicional del páramo por los cuatro costados. Tiene una temperatura anual media bastante agradable de 11 ° C y una población de 5.932 habitantes, que viven en su mayoría de las labores agrícolas.

Al entrar a Mucuchíes, viniendo desde Mérida, aparece una bifurcación a la entrada del pueblo. Si tomamos la vía de la derecha que nos conducirá a la calle principal del poblado, donde se encuentra la Plaza Bolívar, la sede de la Alcaldía, una posada y un pequeño hospital. Esta plaza presenta una ubicación muy especial, pues desde ella se aprecia todo el poblado, así como el panorama del amplio valle desde las cabeceras del pueblo hasta las aldeas de la otra banda del río. Una plaza tapizada de verde grama y oscuros setos donde se cobijan las sombras de la tarde. La plaza presenta un cercado de piedra perimetral, con cuatro portales a cada lado, que dan acceso a las caminerías. Las fuentes con pequeñas esculturas de angelotes blancos, los bancos de hierro forjado y faroles le dan un aire inconfundible de fin de siglo. En el centro destaca el busto del Libertador sobre un pedestal y junto a éste una estatua del indio Tinjacá y el Perro Nevado, que representan el valor y la templanza de una raza indígena, durante la lucha por la independencia, y la fidelidad de los perros mucuchíes.

Enfrente de esta plaza, se levanta la Iglesia, dedicada a Santa Lucía, la cual data de 1870. Su fachada de estilo tradicional andino, presenta pilastras en forma de columnas estriadas con capiteles y un friso. Al lado derecho se encuentra la única torre cuadrada,

decorada con arcos de medio punto y rematada en un techo en forma de prisma. En su interior se encuentran las imágenes veneradas de Santa Lucía, San Benito, Santa Cecilia y San Isidro.



Caminamos por sus calles de recia estampa paramera. La altura nos altera la respiración, así, debemos ir despacio. Entramos a una de sus panaderías y nos deleitamos con el pan andino, las mantecadas, los coquitos y otras chucherías tan típicas de aquí. El arte milenario del tejido no es ajeno a esta región de Mucuchíes: en el pueblo hay algunos artesanos tejedores de cobijas. En algunos de estos telares tradicionales, de dos lizos y pedal se crean las famosas ruanas de Mucuchíes, con diseños de rayas y las cobijas

burreras, tejidas con añil, uña de gato y ojito. La lana virgen de las ovejas de la zona se hila con un huso manual en forma de trompo.

Nos dirigimos ahora a un lugar muy especial: El centro “El Convite”, ubicado a la entrada del pueblo. Es una casona típica con un hermoso patio central que sirve de casa de cultura y posada para los visitantes. Allí vimos unas fotos muy interesantes sobre el cultivo del trigo en Mucuchíes: el arado, la siembra, la cosecha, el secado, la trilla y la molienda. En esta región se cultivó el trigo en forma intensiva hasta los años 50, cuando el trigo importado lo sustituyó. Hoy en día se vuelve sembrar trigo, en pequeña escala, con mejores semillas y técnicas adecuadas, que dan un mayor rendimiento.

Mucuchíes tiene el honor de ser la cuna de Monseñor José Humberto Quintero, el primer Cardenal de Venezuela. También el Padre Jáuregui Moreno, eminente prelado dedicado a la enseñanza y las ciencias quien dejó su huella imborrable en la comunidad andina, vivió desde joven y ejerció el sacerdocio en este pueblo. Monseñor Jáuregui inició los trabajos de construcción de la iglesia.

El pueblo de Mucuchíes, es la capital del Municipio Rangel, el cual tiene 17.174 habitantes, con parroquias Mucurubá, Cacute, San Rafael y La Toma. El nombre hace honor al héroe de la patria Coronel Antonio Rangel (1788-1821), quien nació en la ciudad de Mérida. Tuvo una participación muy destacada en la Guerra de Independencia, luchando al lado de José Antonio Páez en los llanos venezolanos. En 1820 Rangel entra triunfante en Mérida y derrota las tropas realistas que huían en retirada, cerca de Mucuchíes. Además intervino en la Batalla de Carabobo en 1821, la cual selló la independencia de Venezuela.

El municipio Rangel abarca por la parte norte las frías alturas del Páramo de Mucuchíes, por el oeste con las quebradas Mucuyes y Saisay, que nacen en la Sierra de Santo Domingo. Hacia el sur, limita con el estado Barinas y el Municipio Santos Marquina

sobre los picos nevados de la Cordillera de Mérida. Hacia el este limita con las altas montañas del Páramo del Escorial, en la Cordillera de La Culata.

Mucuchíes fue fundado en varias ocasiones. La primera de ellas por el capitán Bartolomé Gil Naranjo en 1568, con el nombre de San Sebastián. En 1620 es fundado por Vasquez de Cisneros durante su visita al territorio de Mérida, y se establece como pueblo de doctrina con encomiendas asignadas a Miguel Trejo, Juan de Carvajal, Antonio de Aranguren, Diego de Monsalve y Pedro Alvarez de Castellón.

Sin embargo los indios, que se habían ahuyentado del lugar, se resistían a vivir en poblados al estilo de los españoles. Finalmente, en 1626, gracias a los esfuerzos de los misioneros, fueron reunidos de nuevo y Fray Bartolomé Díaz funda de nuevo el pueblo con el nombre de Santa Lucía de Mucuchíes.



A fines de Diciembre Mucuchíes y todo el páramo merideño se visten de fiesta con motivo de las celebraciones a San Benito de Palermo, el santo negro, tradición que viene desde los esclavos traídos de Africa durante la colonia. Las fiestas de Santa Cecilia, comienzan el día 27, con un recorrido por las calles del pueblo animada con música de cuatro, maracas, guitarras y violines, en donde la imagen de la virgen es paseada por todo el pueblo y luego llevada de vuelta a la iglesia, en donde se le tributa

una misa como homenaje. Continúa la celebración al día siguiente, 28 de Diciembre, día de Santa Lucía, la patrona del pueblo. La virgen es llevada muy temprano desde una casa en la calle de arriba del pueblo, en procesión hasta la iglesia, por las damas o socias de la cofradía, quienes van vestidas de blanco con una cinta roja terciada al pecho. El cortejo lo ameniza una banda de música, cuyo sonido vibrante retumba en los cerros cercanos, al igual que el ruido de los cohetes y morteros que son lanzados en el trayecto. Se le dice una misa y luego es paseada por todo el pueblo.

El día 28 muy temprano en la madrugada, se inicia la celebración de San Benito, entre cantares de gallos. Se reúne un ejercito de hombres, los artilleros, armados de fusiles y trabucos, con las caras pintadas de negro, sombreros de ala ancha adornados con plumas y flores y, capas rojas provenientes de las aldeas Mocao, Los Aposentos, Mucumpate, Misintú, La Toma, San Rafael, La Mucuchache, Apartaderos y La Asomada. Luego en romería bajan desde los montes hasta el pueblo haciendo disparos y lanzando morteros por las calles del pueblo. Entre el ambiente bullicioso llevan al santo negro por todo el pueblo y luego a la iglesia. La celebración se prolonga durante todo el día, con música, miche y morteros en los alrededores de la plaza.